

EL PADRE DONOSTIA Y EL SOCORRO A LOS JUDIOS

Carta abierta a D. J. Ignacio Tellechea Idígoras

P. JORGE DE RIEZU, OFM Cap.

Mi querido D. J. Ignacio: Paz y bien.

Unas líneas para el libro-homenaje me piden amigos de V. y míos, que opinan ser indispensable mi colaboración. Sabedores de mi estado de salud y ocupaciones, me dan licencia para ser breve. Quizá sea la brevedad el único mérito de lo que yo pueda decir. Al tomar la pluma, pienso en la pesetita de la viuda y el verde del rico: que el mérito no se mide por el don, sino por la intención.

Nuestra amistad es muy reciente; puede decirse que data del día en que V. se encargó de la publicación de «Cartas al P. Donostia».

No estaba yo en Lecaroz, sino muy lejos, cuando, seminarista y veraneante en Ituren, pedaleando venía V. a nuestra biblioteca.

Cuando le ví en la Clínica tan sereno, tan encomendado a la divina Providencia, me sentí aliviado de mi pena. Precioso don el de la fe, antorcha que ilumina el misterio de nuestra existencia. A diario recibía el parte médico del proceso de su enfermedad, con altibajos que ora esperanzaban, ora entristecían. Y cuando restablecido apareció V. de nuevo entre los amigos, más que a un restablecido parecíamos ver a un resucitado. Tal fue nuestra preocupación por su salud.

Pero dejando los preámbulos, veamos mi *cuento*, que aspira a los honores de verdadera historia.

* * *

Se trata de una anécdota que encaja en el contexto de dos actitudes contrapuestas: de una parte, la saña con que precedió el hitlerismo con la persecución y exterminio de los Judíos; de la otra,

el celo desplegado por la Iglesia en pro del primero y más sagrado de los derechos humanos. Concretándonos a Francia, las gestiones de unos y otros, desde la más alta jerarquía hasta los simples fieles, dieron por resultado la liberación de más de 200.000 perseguidos, que hubieran perecido durante los años de tan terrible prueba.

Fue el caso que, durante la ocupación de Francia por los nazis, el Arzobispo de Toulouse (futuro Cardenal Saliège), preocupado por la suerte de los judíos, concibió la idea de facilitarles la salida del país por las fronteras de Suiza y de Andorra. Para llevar a efecto su plan, necesitaba colaboradores —y los tuvo— de absoluta confianza, que, aparte un sentido cristiano profundo, supieran obrar con suma prudencia y absoluto sigilo; era preciso burlar la vigilancia de la Gestapo. No se había de hacer distinción de conversos y no conversos; ni tenían éstos por qué saber el origen del favor que recibían. En tanto que se amaña la documentación para salir *legalmente* del país, los malqueridos judíos hallarían refugio seguro en Nuestra Señora del Desierto de Grenade, al NO de Toulouse. Nada: la caridad a nivel evangélico. Uno de los colaboradores fue el P. Donostia. Tales fueron las noticias llegadas a mis oídos años después de la muerte del donostiarra (1956), es decir, cuando el sigilo ya no tenía razón de ser, que traté de cerciorarme. Puesto que los colaboradores fueron todos sacerdotes, pensé que uno de ellos pudo ser D. Iñaquí Azpiazu. Carta va, y carta viene. El P. Azpiazu me asegura ser cierta al menos una parte de mis noticias, puesto que él mismo fue colaborador del Cardenal. Pero ignoraba que también lo fuera el P. Donostia.

Quedaba por averiguar la otra parte de mis noticias. ¿Participó realmente en el plan de liberación el P. Donostia? Nueva gestión, por el método de las conjeturas. De saberlo alguien con certeza, podía muy bien ser una persona amiga del P. Donostia y mía. La cual me aseguró estar al tanto del asunto y ser verdaderas en lo esencial mis noticias. En prueba de ello me refirió que algunos de los judíos por quienes se interesó el P. Donostia, no teniendo otra cosa con qué mostrar su gratitud, le dejaron unas crucecitas que guardaban como verdaderas reliquias. Y, en efecto, al hacerme cargo de los objetos de la pertenencia del P. Donostia, hallé dos crucecitas curiosas, muy distintas de las que por aquí se usan.

Colorín, colorado... A V., D. J. Ignacio, historiador, incumbe la tarea de elevar el cuento a la categoría de verdadera historia. Porque entiendo que no todo está claro en el conjunto de noticias por mí recibidas. Ante todo, la fecha, siquiera aproximada de la ejecución del plan del Cardenal Saliège. Tenga en cuenta que el P. Donostia regresó del exilio el 1 de Abril de 1943, y que la *gran* ofensiva antijudía es posterior a esa fecha. Quizá hubo en fecha anterior ensayos de persecución en la zona ocupada desde el primer momento, y presiones cerca del gobierno de Petain, es decir, la zona libre. Tampoco se aclara el entendimiento del Cardenal con el P. Donostia, habiendo éste dejado a Toulouse por Mont-de-Marsan el 17 de Julio de 1940.

Clarificado todo ello, aviseme, para que lo discutamos y comentemos en el mirador que V. conoce, donde todo concurre al relajamiento del ánimo y de los sentidos. Cielo, mar, montaña, variedad de colores, todo eso que la naturaleza ofrece y nuestros ojos necesitan, metidos de continuo en papeles y libros. ¡Ah!, y una familia encantadora, que cifra su contento en complacer al visitante.

Vale.